

HOMBRES, IDEAS Y LIBROS

Individualismo suicida

COMO parte integrante de la colectividad, el individuo ha de subordinar su empuje a los intereses generales. Tal es, por lo menos, la teoría del «Estado».

Y así lo han entendido siempre los anglosajones, a quienes nosotros acusamos a menudo, y con notoria injusticia, de «egoístas» y «personales». Ellos saben muy bien que sólo puede ser fuerte un grupo nacional cuando cada uno de sus componentes adquiere la certidumbre de que todo gesto divergente implica una derrota para la comunidad. Y—añadiremos—una derrota para el egoísta mismo, que, al fin de cuentas, será arrastrado en la caída.

No es éste, desgraciadamente, el modo de ver que predomina en nuestras tierras latino-americanas, donde se ha perdido el sentimiento de núcleo. La patria, la solidaridad, la preservación racial, aparecen a menudo como declamaciones. Por encima de todo se impone el individualismo suicida, disfrazado de mil pretextos para despistar. Pero si observamos bien comprendemos que los males que nos aquejan derivan casi exclusivamente del engaño con ayuda del cual cada átomo trata de medrar en detrimento del cuerpo de que forma parte. La dispersión ha hecho estragos tan hondos, que en esta hora decisiva, ya se trate de la vida interior de cada república, ya del destino de todas ellas, la divisa suprema cabe en una palabra: cohesión.

Con los escalonamientos que impone la geografía, la densidad de población, o el desarrollo económico, todas nuestras

repúblicas sienten una herida o una amenaza. Bastaría la existencia de la Doctrina de Monroe para clasificar la situación. De Norte a Sur nos oprime la mano de oro de los empréstitos. La terrible mano de oro de los empréstitos, que, cuando llega la oportunidad, se convierte en la mano de acero de las intervenciones. Como consecuencia lógica, la armazón de libertad, los signos exteriores del gobierno propio, resultan, en muchos casos, meras fórmulas oficiales, puesto que lo que constituye la urdimbre fundamental, el hueso de la nación, va pasando a manos extranjeras.

Es evidente que para que la patria exista no basta mantener la apariencia convencional del estado, o el juego politiquero que entretiene la ambición del algunos. No hay que dejar que se desvanezca o que se desmorone lo que representa la eficiencia, el haber, la virtud viviente del núcleo en sus concepciones básicas. ¿De qué sirve, por ejemplo, que Nicaragua tenga un Presidente, un Parlamento, una bandera, si se halla económicamente, y políticamente, supeditada a otra nación que mantiene tropas dentro del territorio, sofoca las tentativas de independencia (Sandino) y absorbe la prosperidad local?

Si el gobierno autónomo sobrevive a la autonomía, es decir, a la razón que lo hizo nacer, mueve sus engranajes en el vacío y sólo favorece a los que se cobijan a su sombra. Se podrá buscar excusa a la situación. Pero nadie caerá en la ingenuidad de creer que, al aceptar la situación tributaria, ha alcanzado el bloque nacional más fuerza, abundancia o dignidad.

Todo ello es fruto del individualismo suicida.

El ansia inmoderada de parecer, la avidez de disfrutar ventajas inmediatas, el vértigo de las falsas preeminencias, orientan las energías hacia fines esencialmente personales, haciendo de los mejores espíritus seres interesados, simuladores, pusilánimes o pequeños. Cada cual trabaja ante todo para sí. Una pregunta universal rebota:

—¿Qué es lo que me conviene?

Todo fin ajeno al provecho mezquino y a la satisfacción inmediata parece lírica ingenuidad. El hombre más respetado es el que más prospera. El político más hábil, el que más pronto alcanza situaciones. En las almas se abre un altar a lo efímero.

¿Y la Patria?

Desde luego, se piensa en la Patria. Pero por un espejismo raro se indentifica a la patria con lo que a cada cual le conviene. La patria en general es la dominación para el político, el latifundio para el terrateniente, el privilegio, el negocio, la

embajada, el empleo, la mísera pitanza individual. Se oye decir: «no soy un Cristo», con sonrisa que entiende marcar viveza y desdén por los soñadores. La vida es corta. Hay que aprovecharla. En la embriaguez de la fiesta, cada cual persigue su ventaja, su ambición, su vanidad. Así avanza el navío hacia la zona de los naufragios, sin que nadie advierta la catástrofe que debe alcanzar a todos.

En aras de un enfermizo apresuramiento por vivir, se han hipotecado muchas de nuestras reservas vitales. Y acaso no está lejano el día en que los individualistas mismos tendrán que expiar sus propios pecados. Cuando las riquezas, las vanidades, las jerarquías que hoy les ofuscan se hayan convertido en humo, como todo lo que no trae valor durable—dentro de diez años, o de veinte: el tiempo corre pronto en este recodo de la historia—, se pueden encontrar envueltos, a causa de sus errores, en el conflicto más formidable que afrontó jamás pueblo alguno. Y aún admitiendo—*après moi le déluge*—que los peligros sean más remotos, nada podrá impedir que otros hombres, que serán prolongación de su carne y de su espíritu, en el momento de sentirse arrollados por la avalancha, vuelvan mañana los ojos hacia el pasado para increpar a los muertos, y maldecir a las generaciones que, sin idea de continuidad, dilapidaron el porvenir.—M A N U E L U G A R T E.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Víctor Catalá y el ruralismo en la literatura catalana

DENTRO de la literatura catalana se levanta con poderosa humanidad la figura femenina de Catalina Albert y Paradís, conocida mejor debido a su pseudónimo Víctor Catalá. Dejémosla decir su biografía:

¿Notas biográficas?—dice—. Que nací en La Escala, que desde muy jovencita me gusta escribir; que me formé a la buena de Dios, dejando hablar libremente al instinto, sin maestros ni apriorismos de ninguna clase (por lo que no soy ni pretendo ser más que un *amateur*); que me gusta la honrada claridad de sentimiento, concepto y expresión del pueblo, de los clásicos y de los místicos. . . . Esto es todo lo que sé de mí.

Cuando tratamos a la escritora y le preguntamos algo de su vida, también se escudó en un raro hermetismo. Prefería hablar de Guimerá y de Narciso Oller, a quien recuerda como un